

seguro, acogedor, donde todo el mundo era amable, servicial, desprendido.

A los hombres públicos de la gran ciudad, no les pasó desapercibido el cambio de aquella zona, olvidada tantos años y convertida en vaciadero de detritus del bien alimentado centro y, sobre todo, de los despojos humanos de seres derrotados en inútil lucha. La nueva situación, para la izquierda, era una manipulación de la derecha, con el fin de arrancarles los votos de los antiguos desheredados; para ésta, por el contrario, un ensayo, financiado con subterráneos fondos, con el exclusivo objeto de minar los cimientos de la sociedad y democracia occidentales; para la jerarquía eclesiástica, una maniobra atea, destinada a desprestigiar la religión con falsos milagros y una interpretación heterodoxa de la doctrina.

El obispo retiró al cura caduco y torpe, recluyéndolo en un hogar para ancianos; la autoridad, que no encontró motivo legal para detener a Moisés, hizo que lo internaran en una casa de salud mental, a buen recaudo y con intensiva vigilancia, dada su peligrosidad.

.....

A los pocos años todo había vuelto a la normalidad. El arroyo corría, otra vez, con aguas contaminadas y pestilentes; la basura se acumulaba por todos sitios; las chabolas habían resurgido como una plaga; la gente estaba triste, desesperanzada y hasta pasaba hambre; los chicos, sucios, descalzos, harapientos, robaban al menor descuido, o se disputaban algún objeto encontrado entre los desperdicios... Mas los prohombres, antes inquietos y desasosegados, volvieron a dormir tranquilos y a preocuparse de los graves e importantes asuntos del Estado y del pueblo.

LA OTRA VIDA DE DON JUAN

I

En la historia de los individuos existen momentos cruciales, acontecimientos decisivos, irreversibles, que les otorgaron para siempre una peculiar imagen. A partir de ese instante, sin que nadie ni nada puedan evitarlo, son de una manera determinada, invariable, sin posible corrección. Por ello, más de una vez, al pensar sobre este hecho, nos hemos preguntado cómo hubieran sido aquellas personas -algunas casi míticas-, con sucesos distintos. Naturalmente que la respuesta es difícil y pertenece a la pura especulación.

En ocasiones, sin embargo, la realidad, más rica y fértil que cualquier imaginación, nos suele responder con todo género de detalles. Así ha ocurrido ahora, por simple suerte, al tropezar con unos manuscritos que desvelan la vida posterior, insospechada, de Don Juan. Porque aquel final conocidísimo, tal como nos ha sido contado y representado miles de veces, no aconteció así. El drama no fue drama, sino comedia con desenlace feliz. Vencidos los obstáculos, enamorados, sinceramente arrepentido Don Juan de sus calaveradas juveniles, se casó con Doña Inés y vivieron largos años juntos y tuvieron descendencia numerosa.

Esta es la breve historia de los años de matrimonio, narrados por los mismos protagonistas. De las Memorias de D. Juan y del Diario de Doña Inés, se han condensado, o entresacado, los contenidos esenciales, eliminando episodios sin interés y corrigiendo algo el estilo retórico de la época.

II Memorias de Don Juan

Desde la altura temporal de los setenta años, el mundo se contempla de forma distinta y las cosas se valoran de otra manera. Y cuando se rememora el pasado, uno no puede menos que sonreír al observar nuestros comportamientos y recordar nuestras ideas de entonces. Yo tuve una juventud agitada y aventurera. Para la gente era atrevido y apuesto, provocador y cínico; es decir, reunía las cualidades necesarias para gustar a las mujeres e irritar a los hombres. Tal vez me excedí en malandanzas y amoríos. Cuando conocí a Doña Inés y me enamoré de ella, me arrepentí con sinceridad de lo que consideraba mis proezas; así lo comprendió mi suegro, el Comendador, que me concedió la mano de su hija. Esta es la verdad y no la leyenda, morbosa y trágico-teológica, que se ha propagado.

La boda, por decisión de doña Inés, se celebró en la intimidad. Y después de ella nuestras vidas entraron en el cauce normal, cotidiano, de una familia acomodada, igual a muchas de las que existían, y existen, en Sevilla. El primer año, aún lo recuerdo, fue algo único y emocionante. Mi esposa era como una gacela ingenua y graciosa. Creo que sentía adoración por mí y que, secretamente, le agradaba mi fama de hombre capaz de volver locas a las mujeres. Hoy pienso que la defraudé al cumplir mi promesa de abandonar, para siempre, tal clase de aventuras. ¡Es tan complicada el alma femenina! Yo, que he tratado a tantas, confieso que nunca llegué a entenderlas.

El primer hijo vino a los tres años largos, cuando casi desesperaba yo por la tardanza, que ponía en entredicho mi hombría. Los demás fueron ya excesivamente puntuales y, sin duda, demasiado frecuentes. Doña Inés se hallaba siempre en estado, deformada su figura, manchada la fina piel de su rostro y en constantes vómitos. Tal vez por el malestar consecuencia de los embarazos y el absorbente cuidado de los pequeños, su carácter, antes impregnado de delicadeza y exquisitez, se transformó de forma radical, haciendo de ella una mujer irritable, malhumorada y agria. Yo, enamorado de veras, procuraba calmarla y ayudarle en cuanto podía; incluso suprimí mis pocas actividades y mis salidas con los amigos. Mas fue en vano. Mi presencia parecía que le incomodaba y rehuía mis atenciones; hasta creí notar que me culpaba por haber perdido su estilizada figura y su atractivo juvenil. ¡Olvidaba cómo otras hembras, jóvenes y mayores, me deseaban y se hubieran cambiado por ella!

Todas estas circunstancias hicieron que nos distanciáramos. Y, como consecuencia lógica, cesó la llegada de otros hijos. Para entonces ya habíamos

pasado de los cuarenta. La juventud había declinado de forma sensible. Doña Inés era una mujer madura, bastante gastada, muy lejana y diferente de aquella jovencita que conocí en el convento. Había engordado de forma ostensible y excesiva. Y, para colmo, descuidaba su arreglo personal, dando una imagen desaliñada y sensación de vejez prematura.

Ocasiones no me faltaron de aventuras con otras mujeres, pues mi recogimiento y deseo de permanecerle fiel, parecía estimularlas. Mas nunca cedí al reto. En el fondo soy un hombre amante de la paz y del hogar. Las locuras de la juventud, que tanta fama me dieron, no sé como pude realizarlas. Ahora, analizándolas, me convenzo de que obedecieron al deseo de superar una cierta timidez mediante la borrachera de una agitada y continua acción, que me evitaba reflexionar. Por otra parte, mis conquistas, nunca me costaron grandes esfuerzos; eran como frutas maduras que esperaban mi paso para arrojarse sin condiciones. De ahí que jamás llegaran a ser estables ni duraderas, sino como simples flores del camino que se ofrecen y se cogen al azar y sin detenerse. Aunque quisiera, no podría recordar ni sus nombres ni sus caras, porque nunca entregué mi corazón. Éste permanecía virgen, vacío de verdadero amor, y tengo la sospecha de que, con el paréntesis de los primeros años de vida con doña Inés, aún continúa así.

El haberme alejado de las relaciones sociales, produjo descalabros en mi posición. Hubo ocasiones en que pasamos auténticos agobios económicos, por diversas causas que sería inoportuno explicar. La situación irritaba a doña Inés, acostumbrada a una existencia regalada y a un numeroso servicio del que la necesidad, durante algún tiempo, obligó a prescindir; situación que hizo disparar contra mí turbio encono y áspero desprecio.

El tiempo, sin embargo, todo lo cura. Crecieron los hijos, se fueron independizando, y la proximidad de la solitaria vejez nos acercó algo. No existe ya el fuego emocionante de los primeros días, pero sí ha nacido una cierta tolerancia entre nosotros. Nos soportamos y nos damos compañía. No sé, ni me imagino, que pensará ella en las largas horas que pasamos, durante el invierno, junto a la chimenea, callados y contemplando la danza de las llamas que consumen los maderos. Yo, con un libro en las manos, finjo leer; ella, con el ganchillo, hace labores para los nietos. Y suspira. Yo, la verdad sea dicha, añoro la juventud perdida y, con frecuencia, sueño con su energía, sus locuras, sus ansias infinitas de vivir... ¡Si pudiéramos volver a empezar!

III
Del diario de doña Inés

La vida en el convento tiene un tinte gris y las horas pasan monótonas, aburridas. Las rígidas normas apenas si dejan tiempo para cualquier distracción agradable; sólo el breve paseo por el jardín nos pone en contacto con la naturaleza libre, y podemos aspirar, con disimulada avidez, el perfume intenso de las flores, y respirar el aire puro, sin el húmedo sabor de las viejas paredes conventuales, y sentir el cálido contacto del sol.

.....

Resulta increíble, pero dentro del convento existen sordas rencillas, inexplicables envidias, insólitas murmuraciones... Se busca el favor de la abadesa, se conspira por puestos ventajosos. Y para ello no se duda, en muchas ocasiones, en utilizar procedimientos poco ejemplares. Aunque yo procuro permanecer apartada de estas lucha intestinas, no puedo evitar que lleguen hasta mí algunas salpicaduras.

.....

Está aquí, de nuevo, la primavera. A mi celda llega, cada mañana, el concierto de la multitud de pájaros que anidan en el jardín y que cantan, con mil voces distintas, la alegría de vivir... El cielo es transparente, cristalino, como si hubiera sido limpiado con las esponjas de algodón de las blancas nubes que lo cruzan. No sé por qué, pero todo esto me estremece, y tengo extrañas e incomprensibles sensaciones... Me gustaría -¡que locura!- cantar, reír, saltar, volar libre como las golondrinas que revolotean junto a mi ventana. El confesor, a quien he dicho algo de lo que me ocurre, me ha recomendado rezos y penitencias... ¿Qué habrá de malo en todo ello?...

.....

Hoy me ha sucedido algo extraordinario. En mi libro de lecturas he encontrado un papel escrito. Brígida, ante mi asombro y mis dudas, me conminó a leerlo. Era una carta de Don Juan, en la que me declaraba su amor. Mi asombro, aturdimiento, miedo y emoción han sido inmensos. Temblaba toda conforme avanzaba en la lectura de tantas palabras bellas a mí dedicadas. ¿Cómo era posible?... Jamás pasó por mi mente que yo pudiera provocar una pasión tan honda y ardorosa; tanto más cuando conozco su fama de aventurero y burlador

de mujeres...

.....

Brígida habla continuamente de Don Juan. Me ha enseñado un medallón con su retrato. Desde luego es apuesto y atractivo... Desde hace unos días, por una u otra causa, no se marchan de mi memoria ni sus frases, ni su imagen. Creo que existe algo pecaminoso en esta obsesión. Me encuentro nerviosa, inquieta, desasosegada. A veces lloro sin motivo... Tendré que confesarme.

.....

Anoche ocurrió algo terrible e inaudito. Don Juan escaló las tapias del convento para verme. En una situación tan inesperada y comprometida y para huir de su acoso con dulces y encantadoras palabras, no hallé otra solución que fingir un desmayo. Pero el remedio fue peor que la enfermedad. Aprovechando lo que creía mi inconsciencia, tuvo el atrevimiento de raptarme y conducirme hasta una alquería de las afueras, donde ahora me encuentro. Temo la reacción de mi padre, muy celoso de su honor.

.....

Mi padre, vista la situación creada y oídas las fervientes palabras de arrepentimiento y amor de don Juan, ha cedido, perdonando. Estoy contenta. Volveré algún tiempo al convento, mientras se prepara la boda y la que será nuestra casa. El tiempo se me hace interminable. Adoro a Don Juan y sé que me envidiarán todas las doncellas de Sevilla.

.....

Ha pasado un año desde la boda. Don Juan es un marido atento y afectuoso. Se ha convertido, quizá demasiado, en hombre hogareño. La verdad es que me agradarían unas relaciones sociales más activas. Claro que, por otra parte, pienso que ello supondría una gran tentación para él, acostumbrado a una vida de desenfreno y a ser el blanco de los deseos de las mujeres.. Su fama de seductor impenitente aún no se ha extinguido y es como una tentación para muchas...

.....

Noto en don Juan una cierta preocupación por la tardanza en el embarazo. Dada su aureola, lo comprendo, . Llevamos dos años de matrimonio y seguimos como si tal cosa. Será cuestión de esperar. De un tiempo a esta parte, le encuentro desilusionado y nervioso. Reune a los amigos y evita las visitas, casi recluido en

la biblioteca, enfrascado en lecturas. Todo es monótono y trivial. Las horas transcurren lentas y sin sentido.

.....

He pasado unos meses terribles. Por fin llegó el niño. A don Juan le ha devuelto su agitada actividad y el entusiasmo de otros días; a mí, en cambio, me he dejado sin fuerzas y sin apetencias por nada. Pero doy por bien sufrido el calvario. El niño es hermoso y fuerte.

.....

Si pudiéramos adivinar, o entrever, cuando en la juventud deseamos algo con intensidad, el resultado de tales deseos cuando se logran, posiblemente desistiéramos de ellos. Recuerdo mis locas ilusiones, que la estancia en el convento avivaron, y cuando comprendo hoy en lo que se han convertido, me angustio y lloro. Después de seis partos, mi cuerpo está maltrecho y enfermo. He engordado, tengo el rostro desfigurado por las manchas y las breves arrugas que lo surcan. Don Juan parece no fijarse en mí y lo prefiero. Incluso no me importaría que se dedicara a sus antiguas aventuras, olvidándome, pues de nuestras escasas relaciones íntimas siempre salgo malparada con una preñez. Y una vez que ésta se confirma, él se aparta, como si con ello considerara cumplido su deber. Me resisto a creer, aunque me asalta la duda, de que su vida haya sido una farsa, una mascarada para ocultar su real intimidad, y que no buscaba la mujer en sí, sino el escándalo, la envidia de otros hombres.

.....

Estamos pasando por una situación penosa de estrechez, gracias a la despreocupación, o incapacidad, de mi marido. ¿Quién podría imaginar su inutilidad? ¿Cómo ha podido, aquel joven valiente, apuesto, ingenioso, conquistador, adorado por las jovencitas y temido por los hombres, convertirse en un ser inepto y torpe? Pienso que hasta cobarde pues le da pánico afrontar los problemas... He tenido que escribir a mis tíos, para que intenten salvarnos del desastre.

.....

En esta época invernal, pese al clima sevillano, la gota y otros achaques me impiden casi todo movimiento. Algunos días vienen a visitarnos nuestros hijos y procuran animarme. La mayor parte de las horas las paso junto a la chimenea. Me distraigo haciendo labores para los nietos. Don Juan, entre tanto, con un libro en la mano, dormita. Por lo menos, aunque no hable mucho, estoy

acompañada. En ocasiones, abandonando la tarea, rememoro aquellos distantes años juveniles. ¡Cuántos sueños, Dios mío, nacieron en la pequeña celda del convento! ¡Cuántas ilusiones, y deseos, y esperanzas, que el tiempo, ese implacable y demolidor carcoma, ha marchitado y deshecho! ¡Qué no daría por el imposible regreso a aquellos momentos!... La sangre hervía por todo el cuerpo, presintiendo abrazos y besos nunca probados. La caricia del viento, el perfume de las flores, la luz cegadora de esta tierra, el rumor del agua..., todo hacía que una se estremeciera dulcemente, por el simple hecho de sentirse vivir. Era como si toda la creación, al unísono, se ofreciera espléndida para mí, con toda su enorme energía y vitalidad. Y los músculos, ágiles y tensos como cuerdas de guitarra, y el alma, virgen y limpia de padeceres y rencores, se embriagaba de ansias inconcretas, de aspiraciones desconocidas, de mágicos ensueños... Ahora me asalta la duda de si conseguir algo, anhelado con desesperación, no sea un error... Tal vez, la vida, para amarla, ha de sugestionarnos con una permanente ilusión inalcanzada, con el fin de que la angustia y el cansancio de lo real, opresivo y sin médula, no nos hunda en acongojado desconsuelo.